

Mensaje Conservador DE NUESTRO TIEMPO

WILLIAM HENRY CHAMBERLIN

Visto de una manera superficial, el Conservatismo puede aparecer como un modo de vida absoluto y fuera de moda. La tendencia de la edad moderna ha sido en contra de instituciones y de grupos que han servido de puntales al Conservatismo en muchos países de Europa. El cambio es hoy, casi invariablemente, de monarquía a república y no en sentido opuesto. Las aristocracias terratenientes han sido borradas en los países que han caído bajo la férula comunista, y han sido sometidas a una menos drástica forma de eutanasia, por medio de despiadados impuestos sobre la renta y sobre la herencia, en la Gran Bretaña y otros países occidentales. Los partidos relativamente conservadores que compiten por la hegemonía política con agrupaciones decididamente socialistas y obreras encuentran necesario incluir en sus programas medidas que hubieran sido consideradas abiertamente socialistas hará unos cincuenta, o aun veinticinco años.

Parece también hacer mofa del Conservatismo la creciente velocidad de los descubrimientos científicos que traen consigo cambios económicos y sociales. La vertiginosa carrera del progreso científico y mecánico, —tan sutilmente sentida y tan vivamente descrita por Henry Adams en el capítulo de su "Educación" y que él tituló: "La Virgen y El Dinamo",— ha llegado a adquirir velocidades supersónicas.

Sin embargo, paradójico como parece, es precisamente en esta edad de totalitarismo revolucionario y de cultura en masa, cuando tantos mojones del Conservatismo han sido arrancados, que las verdades esenciales del pensamiento conservador han sido extraordinariamente vindicadas. Pues este ha sido un tiempo de bancarrota para muchos de los preciados dogmas y preceptos del Liberalismo y Socialismo.

¿Quién puede confiarse, como los liberales generalmente profesan hacerlo, de la inherente bondad y perfección del hombre en una generación que ha presenciado el exterminio de millones de seres humanos en Rusia, en China, en lugares que han caído bajo el yugo Nazi y Comunista, ya sea por locos dogmas de dominación racial y nacionalista, ya por razón de igualmente fantásticos planes de reorganización social y económica?

¿Quién puede, plausiblemente, recetar la prosperidad material como panacea de los males sociales cuando la elevada proporción de criminales adultos y delincuentes juveniles en los Estados Unidos va, mano a mano, con el alto nivel de vida alcanzado?

A la luz de la ya probada y notoria debilidad de la educación pública norteamericana, especialmente en el nivel intermedio, ¿quién puede sostener con aplomo los viejos conceptos liberales de que los niños son igualmente educables, o quién puede sustentar la teoría "progresiva" de que es mejor dejar a los niños a su antojo con un mínimo de guía y de

control y que tejer canastas, modelar en barro y servir de palillón en las paradas, es tan valioso, culturalmente, como las disciplinas intelectuales que proveen conocimientos precisos, ideas claras y expresiones lúcidas?

Existe acaso, aun entre simpatizantes socialistas, la antigua serena confianza de que las viejas fórmulas de: "Producción para el uso y no para ganancia", "Substitución de la propiedad privada por la pública como medio de producción", "Abolición de la renta, del interés, y la ganancia", y otras más, sean fórmulas patentadas para producir un nuevo paraíso en una tierra nueva? Definitivamente, nadie.

Hay en Europa una muy significativa carencia de lo que puede llamarse la metafísica del Socialismo. Existe una total divergencia de criterio entre los socialistas en la Gran Bretaña y el Continente europeo sobre lo que creen, por qué lo creen, y qué caminos deben seguir para avanzar. Como decía un astuto observador político inglés:

"El Partido Laborista en 1945 obtuvo su mayor victoria sobre dos plataformas, una de las cuales era buena y la otra mala. Una de estas plataformas era la del Estado Bienhechor. Pocos conservadores se oponen a esto ahora. Solamente alegan que ellos pueden administrarlo mejor. La otra plataforma era la de nacionalización. Y ésta simplemente carece de atractivo político."

Es digno de tomarse en cuenta que muchas asunciones acerca de nacionalización de los pioneros patrocinadores del Socialismo, han sido anuladas por la experiencia Británica de la propiedad estatal de las minas de carbón y ferrocarriles. Los trabajadores no tienen el sentido de propiedad, ni sienten la obligación de trabajar más. Y es tan fácil para patronos y obreros meterse en un lío laboral cuando los "patronos" son un impersonal comité gubernamental que cuando están representados por dueños de carne y hueso.

Especialmente en la Gran Bretaña, la atracción del Socialismo siempre ha tenido un elemento de moralismo evangélico. Hay trazas de puritanismo en la psicología del Partido Laborista. Esto se reflejaba en el mantenimiento del racionamiento aun mucho después que había sido abandonado en el Continente y cuando ya había dejado de tener un propósito útil, si no fuera el de crear una buena dosis de incomodidad y malestar. Uno recuerda la frase de Macaulay acerca de la objeción puritana a la caza del oso, no porque hiciera sufrir al animal sino porque producía placer a los espectadores.

Mas son precisamente estas esperanzas moralistas las que han quedado frustradas. Las instituciones han sido moldeadas en una forma más colectiva. Pero los individuos no se han vuelto menos egoístas, ni más cooperativos, ni más caritativos.

Por supuesto, la edad moderna ha sido una de crepúsculo y bancarrota de utopías. Se ha considerado como un reproche que las gentes de América y Europa estén menos interesadas que sus padres y abuelos en rampantes esquemas de mejoramiento social. Sin duda que una era de preocupación por el bienestar material tiene pecados de pereza intelectual y moral por los que responder.

Mas una razón por la falta de interés en tales esquemas es que muchos de ellos han fracasado y sirven hoy principalmente para desempeñar el papel de fantasmas acusadores. Y es por este motivo que el Conservatismo tiene un verdadero e importante mensaje para el hombre contemporáneo, disipando ilusiones, poniendo de manifiesto las veredas que invariablemente desembocan en callejones sin salida, mostrando que la buena sociedad nunca es la creación de teorizantes, por muy articulados que sean, o de leyes y constituciones, por muy persuasivas que sean. Es, más bien, un proceso lento, orgánico, en el que la experiencia, la intuición, así como el razonamiento, tienen su lugar.

El Conservatismo puede enseñar a los hombres a ver con ojo precavido y escéptico esos fantásticos planes que sustituirían el patriotismo nacional con una forma vaga de gobierno universal, que habría de crear un peligroso sentido de falsa seguridad al pactar, con un enemigo de probada astucia e inescrupulosidad, que ambos habrán de desarmarse pero sin disponer de efectivos medios de control y verificación.

Desconfiado, por experiencia histórica, de la validez universal de ideas generales, el Conservatismo puede desempeñar un papel importante en señalar la falacia de tales fantasías bien intencionadas, como por ejemplo, el establecimiento de un sistema de "leyes mundiales", cuando no existe el menor acuerdo entre los mundos comunistas y no-comunistas con respecto a lo que "leyes mundiales" significan.

Es un conocido axioma de la filosofía comunista que la única prueba de lo que es moral y bueno es el adelanto de la consolidación del régimen comunista donde existe y su extensión a las áreas donde no existe. La idea de alguna agencia de imparcial derecho y justicia que ha de dirimir las contiendas entre los países comunistas y no-comunistas simplemente no tiene sentido y validez detrás de la Cortina de Hierro, y no es un mero accidente que el Gobierno del Soviet no haya firmado nunca un tratado en el que se estipule cláusula alguna para un arbitraje neutral e imparcial.

Así, es tan fantásticamente improbable que el león comunista se siente pacíficamente con el cordero no-comunista, si no es con la condición de que el cordero se encuentre, a la hora menos pensada, dentro del león. Tanto el gobierno universal como las leyes mundiales, son frases de cajón irreales en una era en que la humanidad está dividida por profundas escisiones, (basta pensar en el choque fundamental entre las concepciones comunistas y no-comunistas con respecto al derecho y la moral y el conflicto similar entre los puntos de vista de los colonizadores y los insurgentes nacionalistas) para comprender que el desarme universal sin otra seguridad que la palabra del Kremlin, palabra que se ha distinguido más

por su falta que por su cumplimiento, es una peligrosa ilusión.

Esta es una era de crepúsculos, del cementerio de las utopías. Tremendas adquisiciones humanas en las ciencias y la invención han estado, irónicamente, acompañadas por espantosas fallas en el campo de la moral. Las utopías están usualmente enraizadas en las exageradas concepciones de la capacidad moral del hombre. La convicción de la falibilidad del hombre es un elemento importante en el credo conservador. Por razón de esta convicción, el conservador nunca favorecerá el colocar a un solo hombre, o a un grupo de hombres, o a un gobierno o a una burocracia en completo dominio de las fortunas económicas de los ciudadanos. El siempre insistirá en cheques y balances. Como dice John Adams, uno de los más auténticos y distinguidos pensadores conservadores norteamericanos:

"Egoísmo, avidez, ambición y avaricia existirán en todos los estratos de la sociedad y bajo cualquier forma de gobierno. Esperar abnegación de hombres cuando tienen la mayoría en su favor y por lo tanto el poder para darse gusto, es ignorar la historia y la experiencia universal, es ignorar la Revelación y la Palabra de Dios que nos dice que el corazón es engañoso en todo y desesperadamente perverso."

Partiendo de que un régimen de santos no es posible (una ilusión utópica muy común entre los Puritanos del siglo XVII, los Jacobinos franceses, el Soviet y otros comunistas) Adams llega a la conclusión que "la esencia de un gobierno libre consiste en un efectivo control de rivalidades", un concepto que halló expresión en la Constitución de los Estados Unidos, con su cuidadosa distribución de poderes delimitados entre las tres ramas coordinadas del Gobierno Federal con la reserva en los Estados y el Pueblo de aquellos poderes no específicamente acordados a la autoridad federal.

Es verdad, aunque no se ha reconocido tan ampliamente como se debiera, que el Conservatismo en la época actual es el escudo firme de la libertad y el individualismo. La siguiente cita del padre intelectual del Conservatismo, Edmundo Burke, ilustra esta identificación del Conservatismo con el individualismo y la desconfianza conservadora de la eficacia de la total intervención gubernamental en los asuntos económicos:

"Lo que cada uno puede separadamente hacer, sin trasgredir el derecho de otros, puede hacerlo por sí mismo."

"El proveer a nuestras necesidades no está en las obligaciones del gobierno. Sería vana presunción de los estadistas el pensar que lo pueden hacer."

"Sería difícil señalar un error más verdaderamente subversivo de todo orden y belleza, de toda paz y felicidad de la sociedad humana que la creencia que cualquier grupo de individuos puede emitir las leyes que les plazca."

La ayuda estatal no puede reemplazar a la ayuda personal, y esto es igualmente cierto y válido para las extravagantes ayudas exteriores y los subsidios a los grupos locales de los que el programa de ayuda a los agricultores es el mejor ejemplo. Cuan fácil, y casi inevitablemente, puede la ayuda gubernamental volverse tiranía gubernamental, ha sido vívidamente ilustrado por el caso de Stanley Yankus,

un avicultor del Estado de Michigan. El señor Yankus fue sometido a repetidas multas no porque hubiese sido convicto de algún crimen, sino porque él pensaba que el derecho a la propiedad privada, —reconocido por la Constitución de los Estados Unidos— le daba el derecho de manejar su finca de la manera que él creía conveniente

En vez de pedir que se le pagara más por producir menos, el señor Yankus prefería sembrar sus propios granos y dárselo a sus gallinas. Por que esto lo puso en conflicto con las regulaciones burocráticas, fue de tal manera asediado por multas y castigos que finalmente lió sus bártulos y se marchó para Australia, a ver de encontrar una mejor oportunidad como finquero y como individualista

Durante la pasada generación, escritores de izquierda trataron de desacreditar el Conservatismo identificándolo con el fascismo. Mas nada justificada semejante identificación. El fascismo, que prácticamente desapareció después de la derrota de Hitler y Mussolini en la Segunda Guerra Mundial, fue un movimiento esencialmente revolucionario, más emparentado en psicología y métodos al comunismo que al auténtico conservatismo. Uno apenas necesita recordar tales características del fascismo como la jefatura plebeya, el constante llamamiento a las masas, el desprecio a la legalidad, la desconsideración de los derechos de propiedad, la frecuente substitución de la iniciativa económica privada por la estatal. Estas son las marcas del comunismo, no del genuino conservatismo

El Conservatismo reconoce la igualdad de los derechos morales y legales y los de oportunidad. No cree en la igualdad de habilidad ni sostiene la igualdad de renta y propiedad. Sobre este punto, John Adams afirmó la posición conservadora, muy efectivamente, cuando le escribió a John Taylor, de Carolina:

"Que todos los hombres han nacido con iguales derechos, es verdad. Esto es tan indudable como un gobierno moral en el universo. Pero enseñar que todos los hombres nacieron con iguales poderes y facultades, con iguales influencias en la sociedad, con igual propiedad y ventajas en la vida, sería un burdo fraude y una flagrante imposición a la credulidad del pueblo. Por amor al honor, Mr Taylor, por amor a la verdad y a la virtud, deje que los filósofos y políticos Americanos desprecien esas ideas "

El término "liberal" en Europa todavía significa el que favorece la iniciativa privada en la vida económica, así como las libertades políticas y civiles. Pero en América, en el último cuarto de siglo, la nave del Liberalismo ha sido abordada por una tripulación pirata de socialistas e intervencionistas estatales que repudian todo principio del clásico liberalismo. Históricamente, el liberalismo ha sido asociado con el anhelo individual de libertarse a sí mismo de la arbitraria coerción estatal. Mas el corriente "liberalismo" americano colocaría al individuo en una camisa de fuerza de ayuda estatal, de control estatal, de subsidios estatales y tributación confiscatoria estatal. Esto borraría completamente el buen cuadro del individuo, confiado de sí mismo, que acepta la ayuda estatal a regañadientes y que aparece con frecuencia en la obra clásica de De Tocqueville sobre la primitiva República Americana, "La Democracia en América."

De Tocqueville, incidentalmente, es uno de los pensadores proféticos y fundamentales del Conservatismo. Escribiendo en la primera mitad del siglo XIX, repetidamente prevé las tendencias y desarrollos que son más característicos del siglo XX. Tenemos, por ejemplo, su predicción del día en que Rusia y los Estados Unidos ejercerían por mitades su influencia sobre los destinos del mundo.

De Tocqueville también previó la recurrencia de "aquellas odiosas eras de la opresión romana, sus tradiciones erradicadas, sus hábitos destruidos, sus opiniones sacudidas cuando la libertad, abolida en sus leyes, no encuentre refugio en sus territorios" Esto apenas si puede mejorarse como una descripción de lo que realmente ha sucedido bajo el Comunismo Sino-Soviético y bajo el Nazismo. Y el brillante político científico francés, parece también haberse anticipado al Estado Bienhechor cuando previó un tipo de gobierno que habría de reducir a las naciones a nada mejor que "un rebaño de tímidos e industrioses animales, de los que el gobierno es el pastor", que se encargaría de ahorrar a sus súbditos "todo el cuidado de pensar y el trabajo de vivir."

El juicioso conservador ha de pensar en términos de aplicar las eternas verdades de su filosofía al presente, no mirando hacia atrás, hacia alguna época del pasado, por muy atractiva que sea. Pues el pasado no puede ser totalmente devuelto. Debe reconocer la necesidad del ajuste a los cambios políticos y militares.

Por ejemplo, el principio de mantener el aislamiento político de las contiendas de Europa fue bueno para el pueblo Norteamericano mientras existía el equilibrio del poder en Europa, mientras no habían poderes revolucionarios imperialistas buscando cómo expandirse por todos los medios, desde el poderío militar y la amenaza de la fuerza hasta la subversión interna, y mientras el alcance de los armamentos era menos formidable de lo que es hoy.

Hoy, una reversión al aislamiento Norteamericano podría servir solamente a los propósitos y objetivos del Comunismo. Saquemos nuestro peso de la balanza del poder mundial y no quedaría nada que pudiera detener la arremetida del Comunismo Sino-Soviético en Asia y Europa. Esto, en cambio, presentaría a los Estados Unidos el torvo prospecto de volverse un estado guarnición, forzado a asumir la casi indescriptible carga del esfuerzo militar e industrial, del reclutamiento tanto de hombres como de propiedades, para su sola y elemental supervivencia. Por eso es que no es un capricho sentimental, sino un imperativo dictado por el interés nacional el preservar y fortalecer nuestras alianzas con pueblos del mismo parecer que tengan el propósito común de resistir la expansión comunista.

El conservador es casi por definición un patriota, respetuoso de la herencia nacional de los grandes hechos y grandes pensamientos recibidos del pasado. Esto no significa que sea un chauvinista o un imperialista. El ve en el comunismo, tanto una seria amenaza política, como un menos tangible quizás pero más insidioso peligro moral. El Comunismo niega todos los valores de nuestra herencia espiritual e intelectual Judaico-Cristiana y Greco-Romana. Es un veneno que destruiría y corroería nuestro espíritu nacional.

La activa y abierta advocación del Comunismo como un modo de vida superior está ahora en marea baja, aunque descomedidas evaluaciones de las realizaciones económicas y educacionales del Soviet no son raras. Hay, sin embargo, una peligrosa suma de indiferencia, complacencia y favorecimiento de apaciguamiento y retirada bajo los engañosos nombres de flexibilidad y realismo. Siempre resulta, sin embargo, que aquellos que recomiendan tales virtudes llegan inevitablemente a la conclusión de que debemos ser nosotros y no los comunistas los que debemos ceder.

Mientras el conservador no fija credos definidos o formas de creencias, él usualmente favorece ciertos valores en otros campos que los de la política y la economía. En cuestiones de moral tomará su posición con los profetas y los grandes maestros religiosos que concuerdan en la importancia y validez de la conciencia escogencia del individuo entre el bien y el mal. Rechazará las teorías mecanicistas de Marx y de Freud que representarían al ser humano, con su alma individual, como un mero reflejo de sus circunstancias económicas y un títere de sus incontrolables impulsos subconscientes.

El conservador considerará más importante lo que un hombre es que cómo llegó a ser lo que es. Levantará su voz contra la gatzmoña y algunas veces marcada sensiblería que impide el justo castigo del crimen brutal y hace las estadísticas criminales, de adultos y juveniles, una afrenta nacional.

En cuanto a educación el conservador tomará su posición en contra de la mediocridad y del rasero nivelador, y estará por el derecho del niño excepcionalmente dotado para avanzar a su paso natural, y en contra del encogimiento cerebral recomendado por los llamados profesores progresivos igualitarios. Se enfrentará a permitir arrequives, o bien, temas o chifladuras como tejer canastas, modelar en barro, revoltear un palilón, manejar un carro, y los llamados cursos de "reajustes vitales" y a considerarlos a la par con las básicas disciplinas intelectuales.

El conservador apreciará los valores clásicos en literatura, música y arte. No aceptará la obscuridad y/o la obscenidad como absolutas credenciales del genio. En el salón de conciertos preferirá las armonías a las disonancias, la melodía a la cacofonía, la forma musical y los acordes a las caóticas discordancias. En arte será escéptico de los valores estéticos de los tipos "abstractos" de pintura en los que chimpancés se muestren como adelantados seres humanos. Ningún simio, que yo sepa, ha producido algo de la calidad de la Madona Sistina.

Ciertos principios son comunes a los pensadores conservadores de todos los países y todas las edades. El aforismo de Lord Falkland: "Cuando no es necesario cambiar, es necesario no cambiar" es un buen resumen del pensamiento conservador. Mas los inmediatos objetivos del Conservatismo están fuertemente afectados por las consideraciones de tiempo y de lugar. Existe una diferencia en puntos de énfasis y detalles entre Burke, pensando en términos de un sistema en el que monarquía, aristocracia y un Parlamento no reformado desempeñaban un papel considerable, y John Adams, enfrentándose al problema de

salvar a una nueva república de dos peligros, del despotismo y la anarquía.

Lo que los conservadores Norteamericanos deberían ahora conservar y, donde se ha perdido, buscar como restaurar, es la herencia política e intelectual de los Padres Fundadores de la República: gobierno de poderes limitados, con una abundancia de fienos y balances y una saludable sospecha de una irresponsable burocracia que desea perpetuarse. Debería ser una meta conservadora el sacar gradualmente nuestra economía de la posición en la que ha sido colocada por los privilegios opuestos y los subsidios a grupos, cualesquiera que estos sean.

Sacar nuestra economía de su situación precaria significa una consistente oposición imparcial a las tarifas y arreglos para la fijación de precios, a los privilegios monopolizadores, a la posición "sobre la ley" de los sindicatos obreros, y a los intentos de reemplazar las leyes normales del libre mercado por el increíblemente costoso, despilfarrador y fútil sistema de los subsidios estatales y controles en la agricultura.

La graduada tributación federal sobre la renta en los niveles actuales representa la mayor victoria del socialismo y estatismo Europeo sobre los ideales americanos de la oportunidad individual. El mal se empeora porque el mismo principio se aplica en mucho a la tributación de los Estados. Un recorte del 50% en tributación federal de la renta personal, para ser compensado, hasta tanto la economía en las operaciones del gobierno no lo permitan, por un impuesto sobre los artículos manufacturados de consumo interior, sería una reforma deseable.

Hay algunas señales de que los Estados Unidos están maduros para un resurgimiento de la fe en los valores del Conservatismo. En la década de los treinta, el libro más popular sobre el sentimiento estudiantil fue "Revolt on the Campus", por James Wechsler, escrito desde un punto de vista decididamente izquierdista. En la década de los cincuenta el libro más popular sobre el mismo tema fue "Dios y Hombre en Yale" por William F. Buckley, el que atacaba a la administración de la Universidad de Yale por favorecer puntos de vista izquierdistas en economía, y no estar suficientemente interesada en religión. Los grupos de alumnos y ex-alumnos con ideales conservadores están haciendo sentir su influencia en un buen número de colegios y universidades.

Si los conservadores norteamericanos llegan a obtener una substancial audiencia para sus opiniones, —las que actualmente están siendo, consciente o inconscientemente, obscurecidas en muchos centros de estudio y órganos de publicidad— podrían contribuir efectivamente al alto ideal expresado en el preámbulo de la Constitución:

"Asegurar las bendiciones de la Libertad para nosotros mismos y nuestra Posteridad."

Porque, no hay que llamarse a engaño, los más peligrosos enemigos de la libertad, están ahora a la Izquierda.

(William Henry Chamberlin es autor de "La Evolución de un conservador" y editorialista del Wall Street Journal, de New York.)